



## SEXUALIDAD: VISION CRISTIANA

### **NECESIDAD DE ADAPTARSE**

“Te quiero” significa, en primer lugar: “Te quiero hacer feliz”. Y no: “Te quiero para ser feliz yo”. Esta última es justamente la fórmula del egoísmo y la antítesis del amor cristiano (ver 1 Cor. 13,4-6). Es lo que podría decirle un perro al hueso que lame, pero no una persona a otra. Si los esposos realmente están dispuestos a amarse, deben enfrentar el problema del diálogo a partir de esta actitud: no voy a imponerle al otro el ritmo de diálogo (sea mucho o poco) que “yo” deseo, sino el que “el otro” necesita, o aquel que realmente su capacidad le permite. Ello requiere adaptación mutua, respeto y renunciaciones por lado y lado. Es el precio necesario para poder complementarse y para que, así, ambos crezcan.

Este esfuerzo de apertura al modo de ser del otro, exige del hombre, en primer lugar, aceptar que no estaba siendo tan excelente esposo y padre como creía (por el sólo hecho de no tener vicios o de traer todo el sueldo a la casa): porque nunca había entendido que su esposa y sus hijos tenían una necesidad de diálogo mucho mayor que la suya, y los ha hecho sufrir más de lo que imaginaba con su parquedad y su silencio. La manera de reparar el daño causado consiste en decidirse a dialogar más allá de lo que por sí mismo querría, aunque le cueste. La mujer, por su parte, debe volverse más comprensiva y no confundir siempre la falta de diálogo con falta de amor. Debe entender que el hombre tiende a manifestar su cariño más bien de otros modos, por ejemplo, trabajando por ella. Asimismo debe convencerse de que a él realmente le cuesta expresar lo que lleva dentro. Que es tarea de ella enseñarle a hacerlo. Que para ello necesita tiempo y paciencia. Y que debe resignarse a que su marido, por mucho que progrese, nunca llegue a conversarle tanto como ella anhela (pues él nunca se convertirá en una “amiga”). Ambos deben encontrarse, con esfuerzo, en un punto medio, equidistante de lo que cada uno desearía. El “tira y afloja” durará siempre, pues así lo quiere Dios: para que, en medio de él, el esposo vaya personalizándose, y la mujer aprendiendo a ser menos sentimental.

### **LA CUMBRE DEL DIALOGO. EL ACTO CONYUGAL**

El diálogo es comunicación interior. Pero nadie puede comunicar a otro lo que lleva dentro de sí, si no es a través del cuerpo, de sus gestos o movimientos. Esta es una ley general, que vale ya para el diálogo verbal, es decir, para el que realizamos mediante palabras: pues éstas suponen la vibración de las cuerdas vocales, los movimientos de la lengua, su rebotar en los tímpanos. Las palabras generalmente van acompañadas de miradas, sonrisas y otros gestos que las vuelven más expresivas. Sin embargo, cuando el amor que se desea transmitir es muy grande, todo eso ya no basta. Entonces se pasa a las caricias. Aquí las manos y los labios ayudan a comunicar lo que se siente dentro. Pero entre los esposos llega un momento en que tampoco eso basta. El deseo de darle al otro todo el corazón sólo puede expresarse adecuadamente entregándole todo lo que se tiene: todo el cuerpo convertido en símbolo de amor.



Así se llega al acto conyugal como cumbre del diálogo, de la comunicación, de la mutua donación. Según el plan de Dios, éste debería ser el acto más noble y santo que los esposos realizan entre sí.

Pero no hay “cumbre” sin “base” que la sostenga. Por eso, no se puede llegar a la “cumbre de la comunicación”, si ésta no ha comenzado por lo que debe ser su “base”: el diálogo verbal. Ello hace que entre esposos que no conversan, el acto sexual pueda convertirse en una gran mentira. Pues si ninguno de la dos sabe lo que hay en el corazón del otro, la fusión de los cuerpos no puede ser símbolo de la fusión de los corazones. En tal caso se convierte en un acto hueco y contradictorio: juntan sus cuerpos, pero interiormente están a años-luz de distancia (por no haberse regalado durante años la luz del diálogo).

Así nunca podrán alcanzar mediante el acto conyugal toda la felicidad que Dios quisiera que tengan. Porque esa felicidad no es sólo gozo físico, sino ante todo gozo de amor. Y no se alcanza en su plenitud si no se apoya en un diálogo diario, hondo y lleno de cariño.

## **SENSIBILIDADES Y RITMOS DIFERENTES**

Al marido normalmente le cuesta darse cuenta cuando sus relaciones conyugales comienzan a vaciarse de amor. Su psicología masculina es menos sensible a los procesos interiores. Ello lo lleva, muchas veces, a considerar el acto conyugal simplemente como una “cosa” que se “hace”. La mentalidad machista puede llevarlo, incluso, a mirar el mismo cuerpo de su mujer como una “cosa” que él tiene derecho a “usar” como le plazca. Por ser menos sensible a lo personal, es capaz también de tener relaciones con una persona a la que no quiera. La mujer es todo lo contrario. Ella no parte de lo físico sino de lo interior. Siente su cuerpo como prolongación de su alma y no puede entregarlo sino a quien esté dispuesta a dar también su corazón. Cualquier ofensa que empañe la relación personal, la bloquea para la relación sexual. Y si ésta no es buscada por amor, lo capta de inmediato, siendo muy difícil que en tal caso llegue a experimentar algún placer físico: en ella, éste es normalmente como un eco en su cuerpo del placer espiritual de sentirse amada. Si el marido no supera su actitud egoísta, la mujer se volverá frígida. Luego vendrá el rechazo y la repugnancia frente a un acto en el cual se siente “usada” y “violada” en su dignidad de persona. Y en vez de “cumbre”, el sexo se habrá convertido en la “tumba” de su amor.

Para evitar tales extremos es indispensable que, los esposos conversen sobre estas cosas y se ayuden a comprender sus diferentes sensibilidades. El hombre, por ejemplo, se excita físicamente con rapidez. La mujer, en cambio, necesita de muchos estímulos psicológicos: de palabras de cariño, de caricias. Y también tarda más en alcanzar la cumbre del gozo (el orgasmo), por lo cual el marido debe aprender a esperarla. En todo esto es necesario un largo proceso de adaptación mutua, de sincronización. Para llegar a dialogar sobre ello, hay que empezar por conversar de cosas más simples. También hay que rechazar una falsa “vergüenza”: pues es hablar de algo noble, que Dios mismo nos regaló para ser felices. Las cosas se facilitan si cada uno invita al otro a decirle cómo podría demostrarle mejor su amor en el momento de la mutua unión.



Sobre todo, es importante recordar que mientras más se respeten y se abran el uno al otro, más crecerán los dos. El hombre se hará más hombre, más caballeroso, noble y delicado. Y la mujer se volverá más femenina, generosa y fuerte.

**PREGUNTAS** (para la reflexión, la reunión o la conversación)

1. ¿Había pensado yo que nuestros problemas de diálogo tenían que ver con nuestras diferencias como hombre y mujer? ¿Y sabía que tenemos distinta necesidad y capacidad de diálogo?
2. Para hacer más feliz al otro en el campo del diálogo, ¿qué esfuerzos creo que me corresponde hacer a mí?
3. ¿Por qué el acto conyugal está llamado a ser la cumbre del diálogo? ¿Y cuándo puede convertirse en una mentira?

**PROPOSITO** (de grupo, de pareja o personal).

**Los padres, servidores de la vida: el respeto al amor y la sexualidad**

### **EL SERVICIO A LA VIDA: SUS ASPECTOS Y EXIGENCIAS**

Los cristianos hemos desarrollado un agudo sentido crítico en el campo de lo social. Nos es claro que la consecución de ciertos fines, buenos en sí mismos, nunca legitima el empleo de medios inmorales. Así, por ejemplo, no es lícito enriquecerse a costa de estafar o explotar a otros. Ni tampoco, mantener el orden público al precio de una constante violación de los derechos humanos. Es lo que la moral cristiana resume, diciendo que “el fin no justifica los medios”: éstos también deben ser morales, dignos del hombre. Sin embargo, en el campo de la vida privada a menudo desconocemos tal principio. Así, sabiendo que mentir es malo, justificamos el hacerlo para salir de apuros. O, en el campo de la regulación de la fecundidad, afirmamos que, tomada ya la decisión de limitar los hijos, cualquier medio o método da lo mismo, con tal que conduzca eficazmente al fin propuesto., No nos preguntamos: si es digno del hombre o no: suponemos que el fin lo justifica.

Este tema toca íntimamente la misión de los esposos cristianos como “servidores de la vida” (ver FC 28-35). Ella abarca dos aspectos. Primero, el colaborar con Dios para comunicar la vida: “transmitiendo en la generación la imagen divina de hombre a hombre” (FC 28); y, luego, dando al hijo la vida divina por el Bautismo. Segundo, el educar a los hijos para “ayudarlos a vivir una vida plenamente humana” (FC 36) y “cristiana” (FC 38). Veremos ahora sólo lo primero. Ya adelantamos algo (Ficha 2) acerca de los criterios que deben considerarse para que la decisión de limitar los hijos no sea simple expresión del afán egoísta de comodidad. Ahora nos referiremos a los métodos a usar. Estos no son moralmente indiferentes: pues no todos respetan la dignidad del amor y del sexo, tal como la proclama la visión cristiana del hombre.



Dejando para el próximo tema las aplicaciones prácticas, sólo intentaremos comprender ahora qué valores están en juego aquí.

## **LA RELACION ENTRE AMOR, UNION Y FECUNDIDAD**

La invariable doctrina de la Iglesia sobre esta materia, que el Concilio Vaticano II (GS 50) y otros documentos recientes de los Papas han confirmado, se funda en la confianza en que Dios está más interesado que nosotros mismos en hacernos felices. Por lo cual, la forma más segura de alcanzar nuestra plenitud humana, consiste en respetar con la mayor fidelidad posible sus intenciones para con nosotros, tal como El las ha manifestado a través del modo de ser que nos dio al crearnos.

Dios nos creó a su imagen, es decir, como personas, capaces de conocer y amar. Nuestro cuerpo y nuestra sexualidad, por pertenecer a una persona, están también personalizados, es decir, destinados a ser integrados en la unidad de nuestro ser personal, siendo sometidos a la razón y puestos al servicio del amor. El amor en general, significa querer el bien de otro: desear enriquecer su vida, hacerla más plena, “fecundarla” de alguna manera. El amor matrimonial, en particular, busca ese “bien del otro” a través de la total donación de sí mismo, incluyendo el cuerpo y la dimensión sexual de la persona.

Tal auto donación se expresa en una unión también total (de vida, corazones y cuerpos) a través de la cual se procura fecundar al otro, aportándole la riqueza complementarla de la propia personalidad y sexualidad: para ayudarlo a alcanzar su plena madurez personal (masculina o femenina), que consiste en convertirse -tanto espiritual como físicamente- en padre o madre. Dentro del amor matrimonial, por lo tanto, la mutua unión y la fecundación son dos aspectos dinámicamente inseparables: pues en ambos planos (el espiritual y el físico), la unión apunta a la fecundación y ésta resulta de aquélla.

Tal dinámica intrínseca del amor matrimonial se expresa simbólicamente, en el plano biológico, en la peculiar estructura dada por Dios al acto sexual. Este, en efecto, está ordenado a realizar, simultáneamente (al interior de un único acto), ambas finalidades del amor matrimonial: la unión y la fecundación. En todo lo anterior, la Iglesia ve una clara manifestación del querer divino, que nos llama a respetar “la conexión inseparable de los significados unitivo y procreador de la sexualidad humana” (FC 32).

Es decir, a confiar en los sabios motivos que Dios ha tenido para unir ambos aspectos, y a no separarlos artificialmente, manipulando el funcionamiento de nuestra sexualidad. Lo que no impide regular la propia fecundidad sirviéndose, para tener relaciones, de los períodos infecundos que el mismo Dios ha dispuesto dentro del ciclo femenino (como lo hacen los llamados “métodos naturales”).



## DOS ACTITUDES MORALES DISTINTAS ANTE LA SEXUALIDAD

Ciertamente, el hombre tiene derecho a intervenir en muchos procesos meramente físicos de su cuerpo. Pero aquí lo que se juega es mucho más que un mecanismo biológico: es el sentido mismo del amor, el mayor valor moral del hombre; y, además, la posibilidad de vida para una nueva persona. Sobre esto último, los esposos (que son colaboradores de Dios para dar la vida) no tienen derecho a tomar decisiones que supongan actuar en contra de un claro querer de Dios, como sucedería si se proponen separar la unión de la fecundación en períodos en que esta debería darse. Ellos pueden “servirse” (FC 23) del dinamismo dado, por Dios a la sexualidad (es decir, de los ciclos femeninos) pero no alterarlo arbitrariamente. Aquí reside la diferencia entre los métodos naturales, y los artificiales. Unos y otros suponen una actitud moral muy distinta frente al significado humano del amor y la sexualidad (cfr. FC 32).

Desde el punto de vista de su eficacia material para evitar la concepción de una nueva vida, no hay ningún método absolutamente seguro (hasta ciertas formas de esterilización fallan). En lo que se refiere a los métodos naturales, la Organización Mundial de la Salud ha atribuido a algunos de ellos una seguridad del 98%. Sin embargo, lo que principalmente debe interesarnos, es su eficacia moral para ayudarnos a crecer como personas y dignificar nuestra sexualidad, sin perder el respeto por la vida ni atentar contra nuestra condición de “colaboradores” de Dios. Es lo que aseguran los métodos naturales. Los artificiales, en cambio, suponen y propician una actitud manipuladora, egoísta, posesiva y, en último término, “anti-vida”.

## LOS DIFERENTES METODOS Y SUS EFECTOS

Los métodos artificiales, que manipulan la sexualidad (para evitar que la unión sexual sea fecunda o para suprimir los periodos fértiles de la mujer), deterioran seriamente la relación de la pareja, fomentando el egoísmo machista del marido. En primer lugar, porque, generalmente, suponen dispositivos o píldoras que debe usar la mujer. El marido simplemente ordena: “Tú, verás como te las arreglas, yo no acepto más hijos”. Ello significa que toda la carga recae sobre la mujer, incluyendo diversos daños de salud y hasta frigidez (por las píldoras). Por otro lado, se acaba el diálogo sobre la vida sexual: no hay nada que preguntar, porque no hay peligro de “consecuencias desagradables”. El sexo ya no genera responsabilidades, Por lo tanto “siempre se puede”. Esto lleva, sobre todo en el hombre, a una actitud de relajamiento: cesa el esfuerzo de autodomínio y el propio egoísmo prevalece sobre el respeto. La mujer comienza a sentirse “usada”: no experimenta la unión como acto de amor, se hastía, se vuelve frígida. El hombre, que ha renunciado al autocontrol, se vuelve más propenso a la infidelidad. Por último, tales métodos favorecen una mentalidad anta-vida. Pues la pareja que ya decidió manipular su fecundidad, está expuesta -si el método falla- a recurrir con mucho más facilidad al aborto (para “reparar” el imprevisto). Las estadísticas internacionales así lo prueban.



Los métodos naturales son llamados así por respetar el natural dinamismo de la sexualidad y los ciclos de la mujer. Tal acatamiento del sabio plan de Dios se ve ampliamente recompensado. Pues el esfuerzo de continencia que tales métodos piden durante el periodo fértil de la mujer, se convierte en camino para crecer en múltiples dimensiones. Desde luego, exige que los esposos asuman juntos la responsabilidad por su fecundidad (lo que aplauden todas las corrientes feministas). Ello obliga al diálogo. Y también al autodominio, al respeto y la generosidad, al apoyarse en Dios. Los tiempos de renuncia a la unión sexual, llaman a valorar otras demostraciones de afecto y a reconquistar muchas formas perdidas de ternura. Así, el esfuerzo por no cerrarse indebidamente a la fecundidad física, conduce a una fecundidad de otro orden: la profundización y creciente personalización del amor.

**PREGUNTAS** (para la reflexión, la reunión o la conversación)

1. ¿Hay situaciones en que actúo como si el fin justificara los medios? ¿Qué aspectos incluye el "servicio de los padres a la vida"?
2. ¿Por qué nos conviene respetar siempre las intenciones de Dios para con nosotros? ¿Cómo ha dispuesto Dios la relación entre unión de amor y fecundidad? ¿Qué estructura ha dado al acto sexual? ¿Qué nos pide El a través de todo esto?
3. ¿Qué valores se juegan en el respeto a la sexualidad? ¿En qué consiste la eficacia moral de los métodos naturales?
4. ¿Qué métodos naturales conocemos? Comparemos las actitudes morales que implican los distintos métodos.

**PROPOSITO** (de grupo, de pareja o personal).



## Los padres, servidores de la vida: el camino hacia una sexualidad integrada

### FELICIDAD Y ESFUERZO MORAL

Gandhi supo precisar con agudeza la gran ilusión común a todas las ideologías modernas: "Quieren -decía ironizando- construir un mundo donde los hombres puedan, ser felices sin necesidad de ser buenos. Es decir, donde, sobre la base de medios exclusivamente científicos y técnicos, se logre un sistema socioeconómico tan perfecto, que garantice la felicidad (la libertad y la riqueza) de todos. Pero como recibida desde fuera, sin necesidad de esfuerzo personal, de cambio interior. Con esto no pretendía negar la gran ayuda que significa para el hombre contar con un marco social justo y con abundantes recursos científico-técnicos. Su intención era subrayar lo mismo que Jesús: que las fuerzas del mal, que destruyen la felicidad, en último, término "salen de dentro, del corazón del hombre" (Mc 7,21). Por lo tanto, sin cambio del corazón, no puede haber felicidad: ni social, ni personal, ni matrimonial.

La sexualidad fue regalada por Dios a los esposos como camino hacia su felicidad. Sin embargo, a menudo les origina graves problemas (tensiones, angustias, abusos), algunos de ellos derivados de la necesidad de regular la fecundidad. Tales problemas -netamente humanos y personales- no pueden resolverse por medios puramente técnicos (como dispositivos o píldoras). Pues siempre incide en ellos, decisivamente, un factor moral: el egoísmo que el pecado genera en nuestro corazón, y que nos invita a ceder ante los impulsos desordenados del instinto, pasando por encima de la verdad, del respeto, de la generosidad, del querer de Dios. Sin una ardua lucha contra el egoísmo, no podemos conquistar ninguno de los valores necesarios para la felicidad. Mucho menos un feliz ejercicio de la sexualidad: porque a través de ésta culmina el amor conyugal, y el amor es el compendio de todos los valores humanos (1 Cor 13). De allí que cualquier falla moral de los esposos termine siempre repercutiendo en su vida sexual: porque, de algún modo, deteriora su amor.

### EL CAMINO HACIA UNA SEXUALIDAD INTEGRADA

La felicidad de la vida sexual supone, por lo tanto, una superación del egoísmo que permita a la pareja integrar su sexualidad en una plena armonía vital con todos los demás valores que exige el amor. Tal es la amplia y hermosa meta de la moral sexual cristiana. Ponerse en marcha hacia esta meta, supone reconocer también, como exigencia del camino que hacia ella conduce, el esfuerzo por respetar "la conexión inseparable de los aspectos unitivo y procreador de la sexualidad humana" (FC 32). Mientras no hayamos conquistado tal aspecto, no habremos llegado aun a vivir un amor pleno, conforme al querer de Dios.

No debe extrañar si el camino resulta largo y arduo. La "ley de la gradualidad" (FC 9,34) nos recuerda que el hombre avanza en todo por etapas, y luchando. También en su crecer hacia Dios. E incluso retrocede: cuando su egoísmo lo vence. En tales momentos no hay que asombrarse ni angustiarse: sólo cabe reconocer la dolorosa verdad del pecado original, contra cuyos efectos deberemos luchar hasta la muerte.



Pedir perdón y superando todo desánimo, renovar la decisión de continuar adelante, de la mano de Dios. Es importante, también, recordar que la regulación natural de la fecundidad no es un simple método técnico, sino más bien el resultado del esfuerzo diario por ir encarnando en la propia vida aquel conjunto de valores morales y religiosos que permiten entenderla (como querida por Dios para nuestro bien) y practicarla (ver FC 33): por un lado, el autodomínio del propio egoísmo, que ayuda a crecer en generosidad, respeto y capacidad de diálogo como pareja; por otro, la humildad, la confianza y la docilidad ante el querer de Dios. Sin lo primero, no llegaremos nunca a ser personas maduras. Sin lo segundo, no seremos cristianos maduros. Sin ambas cosas, será imposible alcanzar la plena madurez de la propia sexualidad. Evidentemente, junto a este esfuerzo interior de crecimiento personal, debe irse intentando, al mismo tiempo, la práctica de la abstinencia sexual periódica, base de todo método natural.

## LA RESPONSABILIDAD ANTE DIOS

El plan de amor de Dios para con la sexualidad humana (o “Ley moral”) es uno solo. Su meta y exigencias valen para todos, independientemente de la situación o etapa de desarrollo en que nos encontremos. Sin embargo, no todos tenemos siempre igual culpa (o responsabilidad subjetiva) cuando fallamos ante ese mismo querer (objetivo) suyo: porque no estamos en iguales condiciones para cumplirlo. Hay parejas que ya viven en un grado suficiente los valores que posibilitan practicar los métodos-naturales, y que no lo hacen porque no lo quieren. Otras, están tal vez luchando por conquistar la capacidad de dialogar sobre estas cosas. En cada caso, Dios sabe de cuántos “talentos” (Mt 25,14 ss.) dispone cada uno en cada instante. Por eso, más que el resultado, El valora la generosidad del esfuerzo por alcanzarlo. Y espera más del que puede más.

Además, Dios ha dado una estructura especial a los actos morales del hombre. De acuerdo a ella, somos responsables ante Dios en la medida en que nuestra conciencia cree conocer la verdad (es decir, saber lo que Dios quiere): pues de allí surge el deber moral de actuar conforme a lo sabido. Pero para poder seguir lo que dice la conciencia, también es necesario ser libres. Por lo mismo, todo lo que dificulte nuestro conocimiento de la verdad o el ejercicio de nuestra libertad, disminuye nuestra responsabilidad. En lo que toca a nuestro tema, muchas parejas no cumplen la doctrina de la Iglesia porque la ignoran: en tal caso, están perdiendo la posibilidad de vivir mejor su sexualidad, pero sin culpa (a menos que, por dejación, sean responsables de su ignorancia o error). De hecho, el ambiente materialista y erotizado y la mentalidad manipuladora de la cultura técnica, logran insensibilizar muchas conciencias ante importantes verdades. De allí el deber de formar adecuadamente la propia. Si ante los influjos externos, a ésta le costara entender las razones en que la Iglesia funda su doctrina, deberá valerle otra razón superior: su fe en la misma Iglesia, que nunca ha variado esta enseñanza oficial.

La responsabilidad también disminuye cuando la libertad es objeto de presiones (físicas, psicológicas, económicas o sociales) tan intensas, que la limitan gravemente o, incluso, pueden llegar a anularla: imponiéndole un camino que la deja sin ninguna otra alternativa realmente posible. Entonces, la persona ya no es responsable: no porque lo que hace deje de ser malo, sino porque deja de ser un acto libre.





Esto es muy importante en asuntos de moral matrimonial: porque aquí la decisión depende de dos libertades, siendo posible que una de ellas sufra de la otra presión tales que no logra resistir.

Sin embargo, tal vez la situación más frecuente es ésta: se sabe lo que habría que hacer, se quisiera actuar bien, y sería posible hacerlo (porque no hay presiones externas insuperables), pero se termina cediendo ante la propia debilidad. Dios, que ve las conciencias, sabe quién no hace lo que El pide porque no quiere; quién actúa así por ignorancia o presionado; y quién, por ser todavía débil de voluntad y de fe.

### **CAMINAR EN LA CONFIANZA Y LA ESPERANZA**

Lo más importante es convencernos de que Dios quiere y puede ayudarnos. Nunca debe dominarnos la angustia: no estamos ante un juez deseoso de condenarnos por nuestras caídas, sino ante un Padre que sólo quiere enseñarnos a amar más generosamente. Y que tiene una infinita comprensión y paciencia para perdonarnos y levantarnos cada vez que caemos. Ante El no debemos “hacer teatro”. Pues nada entenece más su corazón que el humilde reconocimiento de nuestra debilidad. El no niega su gracia a nadie que tenga buena voluntad. Además, por el sacramento del matrimonio, ha prometido ayudar a cada pareja cristiana a amarse como Cristo amó a su Iglesia: con un amor que venza todos los obstáculos. Y cumplirá su palabra. Sobre todo si sabemos hacerle suave violencia con nuestra confianza y oración.

A veces Dios nos pedirá el máximo de lo posible (siempre por nuestro bien). Pero nunca lo imposible. Aunque El, con su gracia, también puede volvernos “posible” (Mt 19,27; Lc 1,37) lo que en un momento dado no pareciera serio, El testimonio de incontables parejas así lo demuestra: iniciaron vacilantes y a tropezones el camino que la Iglesia les mostraba, y poco a poco fueron descubriendo que Dios les daba su fuerza y les iba enseñando un modo nuevo -más humano y pleno, aunque no sin esfuerzo- de vivir su amor y su sexualidad. Es la ley del misterio pascual: el amor sólo triunfa pasando por la cruz.

### **PREGUNTAS** (para la reflexión, la reunión o la conversación)

1. ¿Por qué para ser felices no basta con cambiar el mundo que nos rodea? ¿Por qué una vida sexual feliz supone luchar contra el egoísmo y cualquier otra falla moral?
2. ¿Qué significa integrar nuestra sexualidad? ¿Qué abarca? ¿Por qué supone un camino gradual? ¿Qué tipo de esfuerzo exige ante todo la regulación natural de la fecundidad?
3. Si la ley moral de Dios es, una sola y sus exigencias son iguales para todos, ¿por que puede fallar nuestra responsabilidad cuando fallamos? ¿Qué factores pueden influir en ello?
4. ¿Por qué nunca debemos angustiarnos ante Dios? ¿Cómo reaccionamos ante El (en cualquier campo) cuando le fallamos?

**PROPOSITO** (de grupo, de pareja o personal).